

El triunfo de la medicina

La carrera de Orestes del Campo no fue demasiado brillante ni demasiado rápida...Ni tampoco tuvo el suficiente nivel para que sus displicentes compañeros de curso pensarán que cuando la terminase pudiera llegar a ser un médico famoso...Pero las cosas no ocurrieron como ellos esperaban que sucedieran. Y no acontecieron así porque la vida guarda inesperadas sorpresas; y también porque el futuro de los hombres es un secreto que está siempre oculto detrás de las misteriosas y oscuras sombras del Hado....

El hecho fue que cuando Orestes llegó a convertirse en el doctor del Campo, alcanzó en muy poco tiempo justa fama por su atinado pronóstico y su agudo ojo clínico... Por él, por el ojo clínico, y por otras circunstancias que se detallan en esta historia, llegó a arrellanarse sobre uno de los confortables sillones tapizados de peluche rojo en el salón de actos de la *Muy Noble y muy Leal Academia de Doctores y Licenciados del Reino*.....

El salón de actos de aquella prestigiosa asociación a la que tuvo acceso Orestes gozaba también de merecido renombre y gran autoridad. El noble Paraninfo tenía las paredes cubiertas de estuco en el que bellas figuras de jóvenes etruscas vestidas con vaporas túnicas de seda tañían hermosos instrumentos musicales del siglo diez y nueve. El lustroso suelo era de parquet barnizado en tono sepia, y poseía, en el arranque de las escaleras, una hermosa copia de la Victoria de Samotracia sosteniendo sobre sus alas un candelabro con ocho globos blancos de cristal opalina que se iluminaban brillantemente cuando el presidente abría la ceremonia de entronizamiento de un nuevo cofrade. También tenía una lámpara veneciana colgada en el centro del techo, de tres elegantes escupideras de cristal violeta, de unas alfombras de la fábrica del Buen Retiro con alegorías de la rendición de Breda.... Y de noventa y tres honorables miembros que asistían a los actos solemnes con zapatos de hebilla plateada, toga negra y birrete coronado por un brillante pompón escarlata.

Cuando nació Orestes, un lluvioso mes de septiembre de 1920, le bautizaron con agua del río Jordán - desionizada y herméticamente envasada al vacío -, poniéndole el infrecuente nombre de Orestes. Y le pusieron ese extraño nombre porque su padre era lector de Eurípides y profesor titular de griego en el Instituto de segunda enseñanza de una villa, cabeza de partido, en la provincia de Vetusta; lugar donde el profesor, licenciado en lenguas muertas, murió inesperadamente de unas fiebres de malta por comer queso de cabra en compañía del farmacéutico y del Excelentísimo señor alcalde. Personas, ambas, que por su robusta constitución solo sufrieron un ligero desarreglo estomacal del que salieron con dieta de arroz y unos sellos de subnitrito de bismuto.

Muy poco tiempo después del entierro de su padre, la viuda, casi sin quitarse el luto, se fue a vivir con un señor alto y bien parecido que era Secretario del Juzgado municipal del pueblo inmediato, y aquella irregular unión con el apuesto Secretario - y con el difunto casi de cuerpo presente -, no fue bien vista por los familiares paternos de Orestes que, disgustados con tan frívolo comportamiento, tomaron la decisión de retirar el saludo a la viuda y procedieron a llevarse el huérfano al domicilio de su abuela.

Doña Eugenia, la abuela de Orestes, era una señora bastante mayor que sujetaba el pelo con horquillas metálicas, que se acostaba con redecilla para que no se le soltaran las mechas postizas mientras dormía, y que encima de la mesita de noche, al lado de una lamparita de aceite de las de “mariposa”, tenía siempre una bandejita de plata con un vasito de cristal para desinfectar con unas gotas de lejía la dentadura postiza.

La cama de la habitación era de caoba con incrustaciones de bronce, y al lado del testero colgaba un crucifijo de marfil de esos que tienen encima de la cruz un INRI y debajo una conchita de nácar con un poquito de agua bendita. Antes de acostarse, doña Eugenia, tenía por costumbre arrodillarse sobre un cojín de terciopelo granate mientras rezaba piadosamente un misterio del Rosario de Nuestra Señora en recuerdo de todos sus parientes fallecidos, y al terminar las oraciones se levantaba apoyándose en el borde la cama para santiguarse con respeto mojándose los dedos en el agua bendita de la conchita de nácar del crucifijo de marfil que estaba al lado del testero.

Después se quitaba la dentadura postiza, la dejaba en el vaso, se arrebujaba en la cama, ahuecaba la almohada.... y se dormía.

Cuando el agua de la conchita del crucifijo de marfil se gastaba por su uso natural, o porque se evaporaba, el capellán del Convento del Perpetuo Socorro traía una botella azul de las de agua de azar con el repuesto; confesaba a los presentes, los absolvía con benevolencia según su grado, y merendaba un chocolate mojando en él unas legüitas de gato que traían de la confitería *Peñalba*. En el verano, como hacía más calor que en el invierno, el agua bendita se evaporaba antes y don Froilan venía más a menudo a reponerla, a absolverlos si estaban en condiciones, y a tomarse el chocolate con las lengüitas.

La casa tenía un largo pasillo que olía a encáustico, una alfombra de nudo mecánico haciendo grecas, unos apliques con tulipa en la pared y un cuadro que se titulaba **La oración de la tarde**, y era *Millet*. En el cuadro, que era una copia al óleo del original, pero de tamaño un poco más pequeño, había dos campesinos con zuecos de madera que se quitaban la gorra y se apoyaban en el azadón para rezar piadosamente el Ángelus. También había en la casa una perrita blanca de lanas que se llamaba “*Pinky*”; un bajorrelieve en plata Meneses representando la **Santa Cena** y una muchacha de las de antes que se ponía cofia por las tardes si se esperaban visitas.

Cuando su madre se fue con el Secretario del Juzgado, su tía Leonor fue a buscarlo al pueblo, tuvo una desapacible conversación con la viuda y se llevó al huérfano a casa de la abuela sin dar más explicaciones.

Al llegar, doña Eugenia le dio un beso en la frente, le pasó la mano por el pelo, le llevó a una habitación empapelada con flores, guardó sus ropas en una cómoda que olía a naftalina y le dijo:

- *Esta es la habitación de tu padre; tú te pareces mucho a él cuando tenía tu edad; de ahora en adelante vivirás conmigo...Pórtate bien.*

Aquella noche, la primera que pasaba lejos de su madre, lloró su soledad, pero luego, cansado, se durmió.

A los doce años lo metieron medio pensionista en los frailes; aprobó los cursos de bachillerato por los pelos y aprendió dos cosas que le servirían para toda su vida: que los pecados contra el sexto no debían de confesarse para evitar complicaciones, y que honrar padre y madre no era de obligado cumplimiento cuando se era huérfano de padre y la madre de uno se había ido a vivir con el Secretario del Juzgado municipal del pueblo de al lado.

Después pasó el tiempo casi sin darse uno cuenta de que pasaba, y cuando ya estudiaba sexto curso de medicina comenzó a frecuentar la casa de la abuela don Hilario; un cura al que doña Eugenia había pagado una beca en el Seminario del Valdedios y que se había convertido, sin nadie pedirselo, en el director espiritual de Orestes. Aquella nueva relación puso en un grave compromiso al chico, pues coincidieron las visitas del misacantano con el comienzo de unas relaciones del joven estudiante con una muchacha que estaba de pupila en una casa de citas, y don Hilario, desde su llegada, estaba empeñado en conocer con todo detalle la vida sentimental del nieto de su protectora... Hay que reconocer que lo hacía de buena fe y solo por agradecimiento a los favores que debía a su madrina de curato.

Al principio, el sacerdote, al enterarse superficialmente de las aventuras sentimentales de Orestes, se contentó con amonestaciones verbales, penitencias temporales y cilicios corporales... Hasta que llegó un momento en que al verlo incorregible en su pecado le amenazó con la excomunión y con contárselo todo a su abuela si no abandonaba aquella senda de perdición que le conduciría sin remedio a las garras de Satanás...

La primera amenaza de don Hilario, la del Demonio, preocupó al penitente, y la segunda, la de la abuela, alarmó al pecador; pues si se enteraba de sus amores clandestinos podía perder la paga de la semana; y sin ella era casi seguro que la señorita Lulú iba a ser mucho menos cariñosa con él los sábados por la tarde.

La situación era difícil de resolver; pero era necesario tomar una determinación para poder responder sin compromiso a las preguntas del cura...Y Orestes, que tenía la sabiduría y la experiencia acumulada durante su anterior vida en el colegio: la tomó.

En la siguiente confesión declaró a don Hilario, bajo secreto, que había dejado sus escabrosas relaciones, que había entrado en el camino de la pureza y que había olvidado a la señorita Lulú.

¿Y cual es el motivo, querido hijo?, ¿Cuál es la causa de tu arrepentimiento?, le interrogó don Hilario.

Como no estaba preparado para esa pregunta, contestó lo primero que se le ocurrió:

- Me he enamorado, padre, de una chica decente y quiero conservarme casto hasta el matrimonio...

Hubo un momento de silencio mientras el penitente permanecía arrodillado creyendo firmemente que con su declaración de principios ya estaba todo arreglado...Pero a los pocos instantes oyó a través de las rejas del confesionario una voz que decía:

- Eso esta bien, hijo; y si no te parece mal quisiera conocer a esa muchacha para escucharla en confesión.

Orestes se quedó petrificado. No podía decirle que todo era una invención para que no le hiciese más preguntas indiscretas que pudieran poner en peligro su economía, poner en grave riesgo sus amores con la señorita Lulú y poner en entredicho sus relaciones con la abuela. Tampoco podía desdeñarse de lo que había declarado en el confesionario; hubiera sido un pecado aún más grave que compartir sabanas un día a la semana con su amiguita y tener que mentir contando que todos los sábados iba al cine con los compañeros a ver una película del oeste.

Rápidamente se dio cuenta de que la situación se agravaba por momentos; y como no se le ocurría nada que inventar volvió a guardar un recatado silencio, esperando que don Hilario lo tomase como un gesto penitencial.

Le sacó de sus reflexiones una nueva pregunta del confesor:

- *Supongo que la chica será católica practicante y de buena familia... ¿Verdad?*

- *Si, padre*, articuló con dificultad.

Después recibió la absolución, y con el beneficio del perdón recibió también el anuncio de que el jueves por la tarde el sacerdote iría a ver a doña Eugenia, si su abuela tenía la tarde libre

Al salir de la iglesia se dio cuenta del problema que se le venía encima, y al ver su enorme tamaño comprendió que no le quedaban más que cinco días para buscarse una novia postiza para presentársela al Padre Hilario y que el cura se olvidara de sus pecados anteriores.

Aparentemente la solución no debía de ser difícil, pero en el escaso paisaje de sus relaciones femeninas no encontraba nada, así, a primera vista, que pudiera ayudarle a salvar el trance. De sus tres compañeras de curso, dos tenían novio y la tercera le contestó que esas cosas no se proponían a una chica decente como ella; que si insistía se lo iba a contar a su tío Eustaquio que era teniente coronel de caballería y ayudante del Gobernador militar de la plaza.

En aquel momento, a Orestes no le quedaba más recurso que una prima lejana hija de un pariente de su madre que era médico. La prima era un año mayor que él, la conocía de pequeña, era bastante feúcha, pero no tenía otra cosa mejor a mano, y estaba seguro, al recordar los ojos que le ponía cuando veraneaban en Salinas, que le ayudaría a salir del atolladero.

Al principio, la prima lejana le dijo tajantemente que no; pero después se ablandó un poco y le dijo que si, que si quería, podían hacerse novios, pero novios formales, no solo para unos días delante del padre Hilario... Que parecía mentira para él hacerle a una prima una proposición así por muy prima lejana que fuera; que si se enteraba su abuela vaya disgusto que le iba a dar... y que hiciera lo que el quisiera, pero que ella sabía bien lo que hacía... Que por quien la tomaba... y que si insistía en esa proposición que se lo diría a su padre.

Orestes se atemorizó, no se atrevió a poner los pies en polvorosa y le dijo que si, que bueno, que novios formales... Después - pensó - ya se las arreglaría para salir del compromiso; la cuestión era que don Hilario la conociese, lo dejase en paz y se olvidara del asunto.

Pero don Hilario no solo no se olvidó del asunto, si no que anunció el noviazgo a doña Eugenia; la llevó a la casa para que la conociera, y la chica, delante de un te con pastas, confesó su amor de siempre por Orestes.

La señora viuda de del Campo untó de mermelada de albaricoque una tostada, bebió lentamente un sorbo de te, se limpió la boca con unas servilleta almidonada, aprobó el noviazgo, previno a su nieto de sus responsabilidades, elogió la elección y besó a la muchacha.

Dándose cuenta, después de la visita, de que nunca saldría del atolladero por sus propios medios, Ordestes fue a contar el lío donde se había metido a su tío Rafael, que era un hombre de experiencia probada, que se había casado con una mujer fea y rica, que jugaba al tresillo, que era dueño de un hermoso Mercedes-Benz en color berenjena, que tenía piso en Pasajes y que viajaba a Paris una vez al año en el *wagon-lit* del Expreso de Hendaya acompañado de una señora que no era la suya.

El dueño del Mercedes-Benz le escucho con detenimiento, apagó el *Montecristo* en el cenicero, bebió los restos de la copa de *Courvoisier*, pidió otra, se atusó ligeramente el bigote y le dijo:

- *Mira, sobrino, la mujer con la que uno se casa no hace falta que sea guapa, para eso están las vedettes y las vicetiples ligeras. Tener una mujer guapa y rica y una amiga también guapa es un lujo que solo se lo pueden permitir los grandes financieros, los Directores Generales de los Bancos, o los actores de teatro cuando alcanzan fama y renombre... En tu caso, como en el mío, con una guapa solo: basta... No hay que pedirle peras al olmo..... Tú vas a tener, irremediamente, por tu ligereza, una mujer fea y con dinero. Su padre es un médico afamado; en la dote vas a llevar en el mismo lote a la chica y a una de las mejores clientelas de la ciudad...¿Qué más quieres?... Termina la carrera, cástate, hazle un nieto a tu suegro, quédate con su gabinete y ponle piso a tu Lulú.*

- *¿Es que tú la conoces?*

- *Solo de vista, mintió piadosamente don Rafael.*

- *Entonces, tío, ¿que debo de hacer?*

- *Ya te lo he dicho: cástate.*

- *¿Y tengo que dejar a Lulú?*

- *Eso no es imprescindible. Además, la chica está muy bien y es cariñosa...*

Quando fue con su abuela a pedir la mano de Encarnita, su futuro suegro le invitó primero a brindar por la felicidad de los novios con champan francés, y después a asociarse con él en su consulta en cuanto terminase la carrera.

- *Vente por allí mañana a las once y hablaremos.*

Al despedirse, su prometida le dio un beso y el hombre tuvo que corresponder.

El despacho de don Ramón, el padre de Encarnita, era de caoba americana, estaba iluminado por una lámpara de brazos con bombillas de opalina, y en una esquina se erguía el busto de Hipócrates sobre un pedestal de mármol verde. Don Ramón llevaba una bata blanca cruzada, gafas con montura de oro y un fonendoscopio de los de doble membrana; olía a agua de colonia *Heno de Pravia*, y todo él daba una gran sensación de seguridad.

- *Bien, hijo, le dijo ¿tu sabes medicina?*

- Los mínimos para aprobar, don Ramón, respondió con humildad.

- Bueno, para tener éxito no hace falta saber, lo que hay que saber es aplicar lo que se sabe... Lo más importante es conocer el Vademécum; eso sí que es imprescindible. Hay que aprenderse los medicamentos, su forma farmacéutica, su posología, vías de administración y contraindicaciones durante el embarazo, la lactancia y la insuficiencia renal...Y para estar al corriente de ello, y para conocer las novedades del mercado tienes que hacerte amigo de los Visitadores que son los que más saben de eso...El diagnóstico es un simple accidente fortuito, una casualidad, un nombre que se pone a la enfermedad... Un mero acto de vanidad para dar satisfacción al señor que la inventó... Se acierta o no se acierta, eso es lo de menos...Lo importante es el pronóstico; en eso no hay que equivocarse nunca, y para no equivocarse hay que saber protegerse.

- ¿Y como se protege uno?

- Eso es muy sencillo, el primer día se dice que es una gripe, a la segunda visita se insinúa que la gripe se está complicando ligeramente del lado pulmonar; que hay que tener cuidado con las corrientes de aire y con las bebidas excesivamente frías...Tisanas calientes tres veces al día, suprimir los pediluvios y reforzar la fenacetina.. Si al día siguiente las cosas van bien, la familia nos quedará agradecida por haber cortado por lo sano una posible bronconeumonía, y lo dirá a sus amistades.

- ¡Menos mal que don Misael supo evitar una complicación de los pulmones!... ¡Si no es por él habiéramos perdido al pobre Aurelio!... Suelen decir las esposas agradecidas.

- ¿Y si las cosas van mal?

- En ese trance se insinúa que la ventana no estaba bien cerrada, que el paciente se había destapado durante la noche, o que la bronconeumonía se estaba complicando con algo de hígado.... Siempre quedan órganos de reserva a los que se les puede hacer responsables de las complicaciones...Eso no es problema, a no ser que uno no sepa donde está ese órgano, o se confunda uno de órgano en la siguiente visita.

- ¿Y si se muere?

- ¡Ay!... Ahí sí que hay que tener cuidado. Los enfermos se mueren como se muere todo el mundo y no suele pasar nada; lo que hay que hacer es predecir la muerte, fijar el día del fallecimiento... y si se puede, aún más, fijar la hora...En el momento oportuno hay que convocar a la familia en una habitación aparte y comunicarles que la cosa está tomando un cierto mal cariz; que en las próximas horas puede el enfermo hacer crisis y salir adelante o entrar en situación irreversible...Todo depende de la resistencia de su corazón...

- El corazón, hijo mío, es un órgano que hay que reservar hasta el último momento. No debe de citarse hasta no haber agotado todos los demás que se tienen a mano, y por eso hay que tratarlo con mucho tacto. Cuando llega la ocasión de sacarlo a escena se debe de comenzar por hablar de una ligera insuficiencia cardíaca, pasar luego a la arritmia auricular, al bloqueo atrioventricular y terminar por la fibrilación... No deberás nunca utilizar esa víscera tan noble a tontas y a locas en los primeros días; deberás empezar por otros órganos menos significativos: el bazo, la vejiga urinaria o las capsulas suprarrenales... Estas últimas, por su pequeño tamaño, no las suele conocer casi nadie y son muy

sugestivas; sobre todo para las familias de cierto relieve social a las que les gusta que el difunto haya sucumbido por el fallo de un órgano de tan discreto tamaño y de función tan poco esclarecida.

- ¿Y que es lo que hay que hacer en esos momentos?

- Solicitar la presencia del sacerdote. Eso siempre diluye la responsabilidad y alivia la situación.

-¿Y las consultas con otros colegas?..

- Esa es una materia delicada; hay que hacerles saber que hoy por mi y mañana por ti; que arrieros somos y que en el camino nos encontraremos; que ojo con lo que dice...que si las cosas no marchan bien no lo llamaremos más a consulta...¡Hay que hacerse valer, querido, amigo... Hay que hacerse valer siempre!... Además tampoco los otros saben más que uno: tenlo en cuenta.

- Otra cosa muy importante que debes de cuidar es el aspecto exterior de tu figura; hay que ir correctamente vestido con chaquetas cruzadas, corbatas oscuras, abrigos de paño bien cortados y bufandas de lana merina en cuanto asomen los primeros fríos... Que las gentes se den cuenta de que las cosas marchan bien... Un medico con chalina, con los puños de la camisa gastados o con una gabardina de las de cinturón con hebilla metálica está condenado al fracaso entre la clientela particular... Hay que ir bien afeitado, el pelo peinado con raya al lado, las uñas de manicura, los zapatos brillantes, la corbata bien anudada y oler a un agua de colonia que no sea de las de granel.

- Por cierto, dijo viendo el traje de su futuro yerno, mañana mismo debes de pasar por mi sastre, y don Julián te aconsejará lo que debes de hacerte; lleva vistiéndome a mí desde hace treinta años... Y como supongo que no andarás sobrado de dinero, dile que me envíe la cuenta a casa.

- ¿Y de lecturas, que me aconseja?

- **Knock..**

-¿Es un libro de medicina?

-No, es una obra de teatro escrita por Jules Romains, pero es muy ilustrativa...Te conviene comprarla y meditar sobre ella.

- ¿Y en su opinión como debo de tratar a los enfermos?

- Siempre de usted.

-¿Y que clase de clientela es la que más me conviene?

- Ten en cuenta que tus pacientes deben de salir de la burguesía, y ten en cuenta, también, que los burgueses son como los antibióticos: la primera generación es el fruto del trabajo, la segunda generación es el éxito de la promoción y la tercera generación es el fracaso de la actuación...

- ¿Y los políticos?

Son gente transitoria y poco seria...Aléjate de ellos.

-¿Y no me sugeriría usted hacer una especialidad?

- En absoluto, la especialización lleva consigo riesgos incalculables que te podrían llevar a la miseria. Sin ir más lejos te contaré la historia de mi buen amigo y compañero de curso don Froilan.

- Don Froilan Puig Suárez fue siempre un aplicado estudiante, y cuando terminó la carrera decidió hacerse fisiólogo: que era como se llamaban los especialistas en tuberculosis pulmonar. Para ello pasó largos años estudiando los libros de Calmette y Guerin, de Marfán, de Von Pirquet y de Tapia... A

continuación ganó unas reñidas oposiciones a Jefe del Dispensario Antituberculoso Provincial, gastó sus escasos ahorros en un aparato de Radioscopia con ánodo rotatorio de la marca Siemens y abrió una elegante consulta en el número 11 la calle Real...

Durante varios años - continuó - tuvo uno de los más lucrativos gabinetes de la ciudad. Se casó con una hermosa joven, tuvo dos hijos que llenaron de gozo al matrimonio, y todo el mundo pensó que su porvenir estaba asegurado de por vida. Pero un aciago día, el profesor Waskman descubrió la estreptomicina, y eso fue un terrible golpe de gracia para mi amigo. De nada le sirvió conocer al dedillo los dos tomos de "Formas anatomoclinicas e la Tuberculosis pulmonar" del profesor Tapia, ni poseer la colección de fonendoscopios mejor de la provincia, ni hacer los neumotórax con la más elevada técnica, ni practicar con esmero la aspiración endocavitaria de Monaldi... Todo fue inútil; la tuberculosis se curaba con veinte inyecciones de estreptomicina y mi inolvidable compañero, que había consumido su juventud estudiando el Chancro de Ghon, los infiltrados apicales y las cavernas subclavias, se dio cuenta de su fracaso, y al verse derrotado por el streptomices, un aciago día de marzo, encerrándose en su despacho de nogal satin estilo Imperio, se produjo una herida de bala con entrada por el parietal derecho y salida por la región temporal izquierda que destrozó en su trayecto el cuerpo calloso, el geniculado y el tuber cinereum... Eran las 6.35 de la tarde y el arma era una hermosa pistola Star de bolsillo con unas elegantes cachas de nácar del mismo calibre que la hora de su fallecimiento... ¡Que descanse en paz mi infortunado amigo!

- Pero ese es un caso excepcional, señaló Orestes.

-No, hijo mío, no lo es, no te confundas. No todos los especialistas han llegado al triste caso de mi amigo Puig, es verdad, hay que reconocerlo, pero la especialización, sobre todo cuando se hace en una sola enfermedad, es materia de alto riesgo... Créeme. ¿Qué me podrías argumentar sobre los especialistas en Venéreas después del descubrimiento de la penicilina?... Ahí está don Marcial, un hombre serio y respetable, con una consulta en la que se gastaba el Mercurio, el Permanganato y el Neosalvarsán por quilos... Pues el pobre hombre ha tenido que cerrar su floreciente gabinete, y al final, para terminar de dar carrera a sus hijos, ha tenido que desprenderse de su extensa colección de sellos uruguayos y vender a la baja sus hermosos libros de grabados eróticos japoneses del siglo XVIII.

-Tú, Orestes, harás medicina general como yo, y no correrás el riesgo de una inesperada terapéutica que sin esperarlo destruya toda una vida de trabajo....Ese es mi consejo.

- Con el tiempo, y a mi lado - prosiguió - aprenderás los pequeños trucos de la profesión que te conducirán a la fama. Sin ir más allá recuerdo el gran éxito que tuvo mi compañero de Facultad, José Rato Conill, que se dedicó a la Obstetricia y que trajo al mundo casi todos los niños pudientes de la ciudad gracias a su habilidad para hacer el diagnostico intrauterino del sexo.

.¿Y como lo sabía?, preguntó sorprendido su futuro yerno.

No, no lo sabía, - aclaró don Ramón - lo que hacia era decir a la futura mamá después de examinarla:

- Señora, será usted madre de un niño, y lo apuntaré aquí en su historia para que no se me olvide.

.¿Y acertaba?

*Siempre, porque cuando a la embarazada le decía que iba a tener un niño apuntaba en la historia: **niña** y si salía niño acertaba, y si era niña y la madre comentaba:*

- ¡Doctor, me dijo usted que iba a ser niño!...

*- ¡Mire, señora, mire usted la historia! - contestaba don José - Ya ve lo que yo he apuntado cuando la examiné por primera vez...Aquí dice claramente: **niña**.... Creo que a usted se le ha olvidado lo que le dije...¡Menos mal que me tome la molestia de dejarlo por escrito!....*

- ¿Y la señora lo aceptaba?

- En esos momentos de felicidad todo se cree.

Durante tres años, nuestro amigo ayudó al padre de su mujer en la consulta, tuvo un niño y parte de otro con Encarnita, siguió haciéndose los trajes en la sastrería de don Julián por cuenta del padre de Encarnita y le puso un piso muy coqueto a la señorita Lulú...Los consejos de su mentor y la minuciosa lectura de **Knock** iban dando sus frutos y ya era por entonces un médico respetado.

Poco tiempo después de morir su suegro llegó para él el difícil momento de la verdad...El Obispo auxiliar de la diócesis enfermó de un padecimiento desconocido que fue orientado por Orestes como una infección grave de las vías respiratorias inferiores; complicada, eso sí, con bloqueo renal y éstasis circulatorio esplénico. El paciente no respondía a la eufilina, a las ventosas y a los diuréticos mercuriales; el tinte de sus nobles facciones se estaba volviendo cianótico y el blanco de sus ojos era, ya, amarillo cerúleo...En ese punto, Orestes, al ver el mal cariz que iban tomando las cosas, acudió a la técnica exanguinea con sanguijuelas, y al darse cuenta de que los animalitos rechazaban la sangre del paciente, pensó que debían de tener razones poderosas para repugnarla, y que esas razones no podían ser otras que las graves putrefacciones fermentativas que se desarrollaban en el suero del enfermo...Entonces, con gran cuidado, volvió a meter los voraces gusanillos en su frasco para que descongestionasen a un nuevo cliente y, una vez guardadas las sedientas bestezuelas, anunció el riesgo inminente de una crisis de la enfermedad con muy mal pronóstico para el señor Obispo auxiliar; advirtiendo al Cabildo que el prelado difícilmente saldría de la noche como consecuencia de una putrefacción sanguínea irreversible.

-¿Y como lo sabe usted con tanta seguridad?, preguntó el secretario de su Eminencia.

-Es una prueba biológica, Reverendo...¡El Hirudo medicinalis no se equivoca nunca

-¿Y que es el Hirudo, don Orestes?

- La sanguijuela común: querido amigo.

-¿Cree, entonces, doctor, que entregará su alma antes de la refección?

- ¿A que hora colacionan?

- A las siete y media

- Pienso que el Cabildo tendrá su tiempo contado.

- ¿Habrá lugar a preces, entonces?

- *Oren con piedad y prontitud, sean pocos en el refrigerio y no prolonguen en exceso las oraciones rectoriales. El óbito se producirá pasada la hora nona... justo entre vísperas y media noche.*

La sede Episcopal, alarmada ante las noticias, sugirió consulta médica, y Orestes la aceptó. Se barajaron varios nombres y se admitió finalmente el de don Fernando Henríquez de Segovia, catedrático de Farmacología Comparada de la Facultad de Medicina; hombre de buenas costumbres, sanos principios, abrigo con solapas de terciopelo, terapéutica frondosa y visitador terminal de enfermos en vigilia de tránsito.

Cuando llegó al palacio arzobispal, don Fernando se quitó el abrigo, lo colgó en el perchero de la entrada, examinó al paciente, ponderó los esfuerzos de su colega, insinuó la conveniencia de cambiar la eufilina por una mezcla de lobelina con cardiazól, y aconsejó administrar a Monseñor un catártico energético a base de aguardiente alemán y jarabe de espino cerval aquella misma tarde.

A continuación se lavó las manos, escribió la receta con una pluma estilográfica de oro de 18 kilates, bebió una copita de jerez seco en compañía de su Ilustrísima, le vaticinó que con la medicación indicada las cosas irían mejor, y que al día siguiente por la tarde pasaría de nuevo a ver al enfermo...

Después dio la mano al Obispo titular, se puso el abrigo, se despidió de Orestes y se fue a su casa.

Pero a don Fernando le avisaron horas después que no volviera al día siguiente...El pobre don Isaías no resistió el tremendo ímpetu del aguardiente alemán y entregó su alma al Señor aquella misma noche a las 11, 30 en punto....Tal y como había pronosticado su médico de cabecera con precisión casi matemática.

Fue en ese preciso momento cuando Orestes se dio cuenta de que para él comenzaba su orto y para don Fernando su ocaso.

Quince días después, el doctor del Campo recibió una invitación para ser incorporado como miembro de número a la *Real Academia de Doctores y Licenciados en Medicina*; basando su ingreso en la exactitud de su pronóstico letal en un caso tan señalado como el del fallecimiento del reverendo padre Aguirre (q.e.p.d.) a la hora prevista por el galeno.

A partir de ese momento, su fama de médico con gran ojo clínico se extendió por la ciudad como un reguero de pólvora. Su Reverencia le mandó una sentida carta en la que incluía un escapulario con una astillita del verdadero *Golgota lignun crucis* y solicitaba sus servicios profesionales para él y para todo el Cabildo... Los amigos del Círculo de la Unión le ofrecieron un sentido homenaje con ágape y placa conmemorativa... Después, durante la sobremesa del banquete, sus antiguos compañeros de curso le entregaron como recuerdo un elegante mechero Ronson de gas con sus iniciales en oro de ley, y don Luciano, el catedrático de Microbiología, contó alguna de las anécdotas de la Facultad...Siempre las mismas.

Entre los numerosos asistentes se encontraba el presidente del Colegio, el de la Asociación de Médicos Escritores y el director de:

El Eco del Principado.

(Periódico independiente de la mañana)

El menú, servido por el Restaurante **Peñalba**, consistió en:

Consomé de ave
Merluza en salsa verde
Medallones de solomillo
Tarta de la casa al franchipán
Vino blanco Chablis y tinto Azpilicueta
Café y licores.

Orestes llevaba aquella noche un traje azul a rayas, pañuelo blanco en el bolsillo pechero, corbata de lunares rojos y alfiler de perla para sujetarla. A la hora del café contestó a los discursos - incansables - con unas breves y sencillas palabras, y al terminar repartió entre los comensales un Partagas ...

Pero a los presidentes, al director del periódico y al catedrático de Microbiología les regaló dos puros; procurando, discretamente, que los demás invitados no se diesen cuenta.

Después, al salir, la señora del guardarropa le ayudó a ponerse el abrigo, el portero paró un taxi que pasaba, el homenajeadó se despidió de sus amigos, se subió al coche, cerró la puerta, se arrellanó en el asiento trasero, se puso el sombrero y dio al taxista la dirección del pisito de la señorita Lulú.

El Triunfo de la Medicina

**1er. Premio Nacional 2005
ASEMEYA**

Santiago Gómez-Morán

Creo que debo de comenzar felicitando al Jurado por su acierto al premiar mi cuento El Triunfo de la Medicina. Es un cuanto que no esta mal, aunque sea inmodestia que lo diga su autor. Creo que los señores del jurado poseen un cierto refinamiento literario unido a un agudo sentido del humor. Enhorabuena.

En cuanto a los agradecimientos, vayan por orden alfabético, el primero a la srta Anana Maria Arias, mi mujer, que ha sabido perdonar todos los inconvenientes que sufren las esposas casadas con literato, al Dr. Ambite sin cuyo padrinazgo yo no estaría escribiendo a estas alturas, y al Pr. Castillo que ha ejercido, en este caso particular el llamado efecto mariposa, efecto gracias al cual me he decidido presentarme a este concurso. Finalmente quiero incluir a los srs. Helvet-Pakat, que aunque no los conozco son los fabricantes de mi ordenador, sin el cual nunca hubiera llegado a ser concursante a este horroroso premio.

La verdad es que para este caso particular he escrito dos cuentos, en el primero que envié se trataba de la triste historia del septimo conde de Chetelham, hombre apuesto y bravo militar, pero cuyo vientre producía una excesiva cantidad de gases intestinales. Este joven húsar tuvo la desgracia de abandonar involuntariamente parte de los citados gases en el palacio de Buckingham, delante de su graciosa majestad británica y como consecuencia de esa negligencia se vio obligado a huir de su patria y enrolarse en la Legion extranjera, Allí le pasan diversas aventuras como al héroe de Beau GESTE, y finalmente el Profesor de la Patelliere le diagnostica una insuficiencia en lactasa intestinal y llega a CURARLE de sus males. En cuanto a las aventuras hasta llegar a un final feliz con matrimonio incluido...pero

Cuando se lo enseñé a un amigo me dijo tajantemente:

No te lo premiaran nunca.

Porque, pregunté.

Porque el capital de Sanitas es inglés, los ingleses son monárquicos y que tu protagonista tenga ese descuido de delante de la reina ellos no lo comprenderán nunca

Si le conteste, serán monárquicos, como tu dices, pero tienen mucho sentido del humor.

De acuerdo me dijo, pero son más monárquicos que jocosos, y nosotros somos más jocosos que monárquicos.

Así que pensé en escribir otro en el que recordaba anécdotas oídas a mis amigos, una obra de que se titula Know y alguna historia de casino. Lo que les puedo asegurar es que el cuento no es biográfico, Yo no pertenezco a la muy noble sociedad que cito, mis amigos no me han regalado un mechero ronsosn con

las iniciales en oro, y tampoco le tengo puesto piso a la señorita Lulu, y no estudie por el Roubiere, lo hice por el Terstut..